



VOL: AÑO 10, NUMERO 28

FECHA: MAYO-AGOSTO 1995

TEMA: ACTORES, CLASES Y MOVIMIENTOS SOCIALES II

TITULO: **Los nuevos sujetos sociales: Una aproximación epistemológica**

AUTOR: *Miriam Calvillo, Alejandro Favela* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

Las grandes transformaciones políticas y sociales que en los últimos tiempos se han sentido en la sociedad mexicana han traído aparejada la emergencia que, sin embargo, no ha podido interpretarse cabalmente con los viejos esquemas explicativos. Por ello resulta de fundamental importancia el reflexionar sobre ellos desde el terreno epistemológico, a fin de encontrar algunos elementos que permitan su posterior caracterización, aunque esto conlleva el desafío de enfrentar una serie de obstáculos y la necesidad de relacionarse con la realidad y con la teoría de una manera distinta. Los nuevos sujetos sociales, producto de realidades novedosas, están emergiendo desde la periferia de la estructura transversal de las clases sociales, es decir, a partir de la intercambialidad de características, objetivos y proyectos históricos de actores tradicionales.

ABSTRACT:

The New Social Subjects. An Epistemological Approach

The great political and social changes of the past times that have been felt in Mexican society have happened simultaneously as the emergency of new, diverse and complex social subjects. However, they have not been accurately interpreted in function of the old explanatory schemes. That is why it is fundamental to consider them from the epistemological point of view, in order to find some elements which allow their latter characterization, although this measure provokes the challenge of facing new obstacles and the need of relating them to reality and to theory in different ways. The new social subjects, product of novel realities are emerging from the outskirts of the social structure, as a result of a transversal combination of social classes. That is, from the interchangeability of characteristics, objectives and historical projects of traditional participants.

TEXTO

Introducción

Desde el primero de enero de 1994, no se han dejado de producir en México, uno tras otro, una serie de acontecimientos que están modificando profundamente la escena política nacional. Comenzó el año con el estallamiento del conflicto en Chiapas; le siguieron, sólo por citar los hechos más relevantes, el asesinato del candidato a la presidencia por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), Luis Donaldo Colosio, el secuestro de empresarios, otro asesinato, ahora el del secretario del PRI, José Francisco

Ruiz Massieu, todo ello en un año de controvertidas elecciones y acalorados debates respecto del futuro democrático del país.

Sin embargo, si tuviéramos que elegir de entre todos esos sueños, el acontecimiento político más importante de ese turbulento año, no dudaríamos en afirmar que fueron en realidad los hechos relativos a Chiapas. Ello, porque a pesar de haberse iniciado como un levantamiento armado focalizado, devino muy pronto en un fenómeno que involucró a una gran cantidad de actores directa e indirectamente.

Su particularidad estriba en haberse convertido en un proceso desencadenante y de emergencia de nuevos actores en la escena política nacional. El primero, por ser el protagonista, fue el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), pero muy pronto irrumpieron en la escena pública otros actores sociales, que comenzaron reivindicando la lucha del EZLN y sus demandas, pero poco a poco fueron incluyendo sus propias exigencias.

El impacto del movimiento iniciado el primero de enero llevó a los distintos actores sociales a un proceso de revaloración de sus prácticas. De esta manera, se redescubrieron movimientos y actores sociales oscurecidos por el discurso de la modernización, modalidad que asumió el discurso dominante. Los actores hasta entonces excluidos, crearon nuevos lenguajes que manifestaban otros valores que se constituyeron en indicadores de la emergencia de nuevas identidades colectivas.

La mañana del primero de enero de 1994 la escena política movió al asombro, no sólo porque de pronto emergió de la selva un ejército de encapuchados, sino por la gran cantidad de pequeños grupos que se fueron juntando para demandar una solución política y no armada al conflicto. La defensa de la vía pacífica sirvió como un detonador que provocó cambios en el comportamiento de los sujetos sociales. El común denominador de estos sujetos colectivos fue la defensa del derecho a tener derechos.

Es muy probable que el proceso electoral, en el que se manifestó una cierta correlación de fuerzas sociales y políticas, haya constituido un paso decisivo en la transición hacia una forma distinta de organización política. Pero lo que es indiscutible es que cualquiera que sea el rumbo que tome la política en los próximos años, estará condicionada por las alteraciones que los acontecimientos de Chiapas provocaron en el conjunto de la sociedad civil.

No sólo los actores sociales intuyeron, al calor de los acontecimientos, que algo nuevo había emergido en la historia del país; también los intérpretes de la realidad social, al plantearse la necesidad de develar su significado, se toparon con rupturas que marcaban no sólo alteraciones en la realidad sociohistórica, sino que se enfrentaron a la imposibilidad de captar de manera inmediata esta nueva realidad usando los cuerpos teóricos anteriores. El manifiesto titubeo para denominar el propio fenómeno -se le llamó guerrilla, movimiento, conflicto, etc.- habla por sí mismo del surgimiento de algo nuevo, para lo cual no se tienen aún las herramientas conceptuales que permitan su cabal interpretación. La presencia de nuevas realidades, como la emergencia de nuevos sujetos, lleva a replantear el problema de su interpretación ya no en el plano estrictamente metodológico, ni siquiera tomando como punto de referencia la tan llevada y traída crisis de los paradigmas, sino en el terreno de lo epistemológico, en el terreno de la construcción de la relación de conocimiento. Por ello, iniciamos este ensayo con una reflexión respecto de manera en la que pueden llegar a ser reconocidas las realidades inéditas, para después, con este marco, intentar un esbozo para la caracterización de los nuevos sujetos sociales que permita contar con elementos para la elaboración de una categoría que posibilite analizar aquellos sujetos que surgieron con gran fuerza, sin que

se pueda, hasta ahora, denominarlos, conceptualizarlos e interpretarlos en su cabal realidad y significación.

1. La función epistemológica. El cómo y el para qué del conocimiento

Lejos quedó el tiempo de bonanza del optimismo epistemológico basado, según Popper, en la certeza de que el hombre puede arribar a la verdad con tan sólo seguir puntualmente los pasos indicados por el método científico. Y todavía más lejana la pretensión del positivismo lógico de Russell y los representantes del Círculo de Viena, de una reconstrucción racional de todos los posibles enunciados científicos con el fin de forjar una ciencia al mismo tiempo unitaria, universal y lógicamente trabada. Hoy, aun entre quienes sostienen la existencia de la verdad manifiesta [1] persiste la preocupación respecto al modo de conseguir el conocimiento objetivo y lo que puede y debe ser considerado científico. Cuando enfrentamos el análisis de la realidad sociohistórica, frecuentemente encontramos que los fenómenos sociales no sólo no encuadran dentro de los límites disciplinarios usuales, [2] sino que además crece la incertidumbre con respecto a la posible objetividad del conocimiento.

Hoy más que nunca se vive un tiempo de incertidumbre en relación a los "viejos" paradigmas; la emergencia de nuevas realidades que requieren ser comprendidas ha provocado una especie de crisis de los modelos explicativos que, sin embargo, no ha dejado de ser aprovechada por el positivismo. Por ejemplo, la vieja fórmula de Carnap que garantizaba la objetividad y científicidad, si se trabaja, por un lado, con la teoría de la relación lógico-matemática y, por el otro, con la fase o verificación empírica [3] ha vuelto a arremeter, pero ahora de un modo más dramático, al institucionalizarse y convertirse en criterio de evaluación del trabajo de los investigadores.

Pero por más que la exactitud, precisión, formalización y comprobación o verificación directa mediante la presentación de datos y estadísticas se hayan convertido en exigencia institucionalizada e interiorizada por el investigador, a fin de que su producción logre obtener el rango de científica, la realidad continúa negándose a mostrarse con el uso de los viejos esquemas explicativos. No se trata ciertamente de la sustitución del optimismo por un pesimismo epistemológico, como llama Popper al "escepticismo hacia el poder de la razón humana, hacia el poder del hombre para discernir la verdad y adquirir conocimiento", porque como el mismo Popper afirma, tal escepticismo "está invariablemente ligado con la desconfianza hacia el hombre" (Popper, 1983: 26). Es, más bien, el reconocimiento de que las viejas exigencias del paradigma de las determinaciones, para alcanzar la objetividad, resultan paradójicamente insuficientes para aprehender las nuevas realidades.

K. Popper, desde el racionalismo crítico, ya había apuntado en esta dirección al señalar que la exigencia de verificación empírica de todo enunciado con pretensiones científicas, conduce a la muerte de la ciencia; esto porque la mayoría de los enunciados científicos no son verificables empíricamente y, en consecuencia, habría que rechazarlos como afirmaciones inútiles: además, la verificación última no puede estar proporcionada por los sentidos, ya que no hay percepción que no suponga una interpretación. De este modo, Popper se dedica a demostrar que todo saber es desde el comienzo conjetural e hipotético, y por ello siempre sometido a revisión. Los enunciados científicos, dirá, hay que entenderlos como esbozos arbitrarios, creativos y por tanto posibles de ser falsados. [4]

Esta misma lógica, pero llevada al extremo, ha hecho sostener a los constructivistas radicales que la realidad es toda producto del hacer del hombre y que es posible en gran medida "inferir las operaciones con las cuales organizamos el mundo de nuestra

experiencia", porque el conocimiento no es reflejo del mundo real, sino "tan sólo una llave que nos abre caminos posibles" (Glaserfeld, 1988: 23 y ss).

El anteponer a la certeza sensible la capacidad de conjeturar hace que la construcción de realidades científicas, lo mismo que las sociales e individuales, dependa del modo de buscar la realidad. [5] Este modo tiene que ver lo mismo con el qué sabemos, es decir, con los resultados de la indagación sobre la realidad, que con el proceso cognoscitivo, es decir, con el cómo sabemos. Este cómo no se reduce a la puesta en marcha de un conjunto de procesos psicológicos, también responde a la manera en que concebimos el qué sabemos y es precisamente aquí que el cómo se vincula con aquello que tanto inquietaba a Popper: "el hecho de que las ideas puedan, en alguna medida, estar motivadas e inconscientemente inspiradas por esperanzas políticas y sueños utópicos" (Popper, 1983: 27), esto es, que en el cómo sabemos, participa ya, de algún modo, el qué sabemos.

Es justamente a partir de esta inquietud que trabaja la llamada Escuela de Frankfurt, cuyos principales exponentes, Horkheimer, Adorno y Marcuse, prosiguen la línea hegeliana-marxista, incorporando y reconstruyendo -en el sentido que Habermas le asigna al término reconstrucción- [6] las aportaciones del psicoanálisis freudiano. Sus interlocutores fueron tanto el positivismo lógico del Círculo de Viena, como el racionalismo crítico popperiano. Su propósito fue el de construir una teoría crítica de la sociedad, la cultura y las ciencias existentes, con miras a formular una propuesta política que posibilitara a la razón emancipadora y las orientaciones para caminar hacia una sociedad verdaderamente humana y racional. [7]

Su objetivo declarado es en primer término político en su sentido más lato, es decir, de proyecto de futuro ya que, se quiera o no, afirman, es el para qué del conocimiento lo que orienta y guía las reflexiones teóricas. Es por ello que para la teoría crítica, las esperanzas políticas y los sueños utópicos no sólo no pueden excluirse del proceso de indagación científica, sino que constituyen una manera particular de abordar la realidad, vale decir, dan cuerpo a una postura epistemológica que antecede y acompaña a cualquier proceso de investigación. Es así que la postura política del investigador define la manera específica en la que se construye la relación de conocimiento, porque al fin y al cabo, para la teoría crítica la "crítica de la sociedad es crítica del conocimiento y viceversa" (Adorno, 1969: 149).

Así pues, tanto la conjetura popperiana, como la teoría crítica, aluden de un modo distinto al cómo y al para qué del conocimiento, es decir, aluden a un primer momento de la investigación que refiere al plano epistemológico, en el que el sujeto que investiga se enfrenta abiertamente con la objetividad. La función epistemológica permite organizar la apropiación de la realidad para teorizaciones posibles, pero sin llegar todavía a determinar su contenido. "En el plano epistemológico no se puede llegar a la conceptualización de contenidos, en el sentido en que lo son las hipótesis, pues este plano es el de los criterios constructores de conceptos" (Zemelman, 1987: 55). Es decir, es el plano en el que se construye una particular relación de conocimiento, un modo particular de objetivarse el sujeto. [8] Este momento que, como afirma Zemelman, frecuentemente se confunde en el proceso de investigación con el momento teórico, delimita la realidad para definir el campo de los fenómenos específicos; lo fundamental en él es el reconocimiento de los objetos posibles de ser explicados o razonados, antes que intentar dar cuenta de los alcances de una explicación. [9]

2. La finalidad. El qué y el hacia dónde del conocimiento

Tratar de explicar una cierta realidad sociohistórica, cualquiera que ésta sea, supone, por principio de cuentas, "colocarse frente a ella", es decir, explicitar, y por tanto hacer consciente, el modo como el investigador, en tanto que sujeto cognocente, se apropia del mundo social, porque, como afirma Watzlawick, el cómo sabemos define el qué sabemos, pero este qué después de ser descubrimiento, se convierte en antecedente de la propia formulación y explicitación del cómo. Al colocarse frente a la realidad, el sujeto que investiga comienza, como el pintor sobre el lienzo blanco, a delinear, a esbozar la realidad que va a apropiarse, hasta llegar a delimitarla, es decir, a definir la posibilidad de reconocer el campo de los fenómenos específicos. Colocarse frente a la realidad no es, pues, sólo un punto de partida, sino una particular relación sujeto-objeto en la construcción del conocimiento. Se trata de un momento epistemológico previo a la investigación, propiamente dicha, en el sentido lógico y no cronológico. Esto significa que toda indagación sobre la realidad presupone la elección y puesta en juego de un tipo de racionalidad y, por tanto, la exclusión de otras racionalidades en el terreno epistemológico. Este proceso, sin embargo, de manera por demás frecuente, no es consciente y mucho menos llega a ser explícito.

Existen, en quien se enfrenta a la realidad para tratar de analizarla y explicarla, todo un complejo de bloqueos mentales, es decir, un conjunto de dispositivos psicológicos de "subalternidad" que cumplen la función de fortalecer la visión de la realidad expresada en el discurso del poder, por ello, los bloqueos constituyen un discurso implícito que impide ver realidades alternativas. Tales bloqueos definen el modo de colocarse del sujeto frente a una realidad y no otra. [10] Mantener los bloqueos mentales supone, por un lado, un proceso de adaptación del sujeto cognocente a la realidad expresada en el discurso dominante, lo cual define la realidad que se quiere ver, lo mismo que el modo de verla a partir del uso de un tipo particular de lenguaje; pero, por otro lado, permite la reproducción continua de ese mismo discurso y del tipo de racionalidad que presupone.

Por el contrario, cuando en la relación de conocimiento se intenta un proceso de desbloqueo, que sólo es posible a condición de usar un tipo de racionalidad distinta a la implicada en el discurso dominante, [11] el colocarse frente a la realidad se convierte en un enfrentamiento con ella misma, es decir, en una manera distinta de delimitarla y abordarla. Aunque el momento de enfrentar la realidad implique un enorme proceso de abstracción, éste no conlleva todavía ningún tipo de teorización.

Desde el punto de vista del discurso dominante en las ciencias sociales, esto es, desde el paradigma de las determinaciones, a la realidad se la representa como el producto acabado de una historia gestada, en donde las relaciones pasado-presente y causa-efecto aparecen en un plano privilegiado; por ello se construye una particular relación de conocimiento en la que, por un lado, a la realidad se la representa como un simple objeto determinado, [12] y al cambio como un proceso cuya dinámica resulta irreversible y en un sólo sentido y, por el otro, a la acción de los sujetos, incluyendo al sujeto cognoscente, se le mira, o, como mera reacción en función de una cierta mutación evolutiva, o bien, como producto de un cierto condicionamiento estructural dado.

Al analizar la emergencia de nuevos sujetos sociales en Brasil, Eder Sader explica que "en realidad siempre es posible relacionar los procesos sociales concretos con las características `estructurales', no obstante que ese procedimiento no agrega ni una coma a la comprensión del fenómeno; apenas si da la apariencia de seguridad teórica, al situar un caso particular en un esquema interpretativo consagrado" (Sader, 1990: 67).

Así pues, colocarse frente a la realidad sociohistórica, frente a la emergencia de nuevos sujetos sociales, antes de intentar acotarla teóricamente y con ello ceñirla apriorísticamente a un particular sistema conceptual, implica entonces, reconocer en ella

el conjunto de observables que pueden llegar a ser abordados, pero también supone redefinir la relación de conocimiento, lo cual exige un esfuerzo de desbloqueo mental que sólo es posible a partir de explicitar y romper con ciertos parámetros preestablecidos, es decir, con aquellos significados asignados de un modo a priori a la realidad; significados que responden a contenidos que se definen como verdaderos, en función de ciertas cargas ideológicas y visiones personales.

Los parámetros constituyen ciertas estructuras teóricas, ideológicas y axiológicas que presuponen la reducción de la realidad a determinados aspectos. Los parámetros permiten construir una visión de los actores sociales a partir de ciertos insumos analíticos que derivan de fuentes teóricas, ideológicas y valorativas y que por ello permiten reproducir el discurso dominante, a partir de construir el discurso del consenso. Estos parámetros, en Adorno, aparecen como cautividad categorial de la conciencia individual que reproduce la "cautividad real de cada persona singular". Sin embargo, aun y cuando "en la cautividad dentro de sí mismos podrían los hombres percibir lo social", ello no es posible porque "impedirlo constituyó y constituye un interés de la conservación de lo existente" (Adorno, 1969: 151).

3. Los cautiverios del investigador social

En esta sección se exponen ocho de los principales parámetros que de manera más común, se interponen en el análisis de la realidad socio-histórica, con el fin de explicitar los cautiverios del investigador social. [13]

1. Uno de los parámetros más corrientes, es aquél que aparte de considerar que la realidad está regida por un orden y que este orden es sinónimo de paz, [14] intentar explicar, en consecuencia, los fenómenos que rompen ese orden y que dan cuenta de realidades inéditas como si se tratara de desórdenes, de turbulencias que actúan como elementos de destrucción o de desviación del orden establecido, de las estructuras, las organizaciones y las permanencias. En tanto que el orden representa la paz, el equilibrio, la estabilidad y en consecuencia el progreso, los sujetos sociales son analizados como si se tratara del advenimiento de fuerzas portadoras de desorden, del mal, o bien de evidencias de catástrofes ineludibles.

2. El partir de la creencia de que la finalidad de las ciencias sociales se limita a encontrar la lógica de todo lo real, conduce en los investigadores a la actitud de que la emergencia de nuevos actores sociales puede ser interpretada siguiendo una lógica que remite a la relación causa(s)-efecto(s). Por ejemplo, pobreza extrema, abusos de poder, intervención de elementos ajenos, tales como movimientos, fuerzas, organizaciones, ideologías, etc. La cantidad de causas incluidas no evita la reducción que de la realidad se hace. La imputación de los acontecimientos sociales, cualquiera que éstos sean, a un factor principal, proviene de un prejuicio ontológico heredado del positivismo, que parte de derivar los procesos sociales concretos que resultan de determinadas acciones desarrolladas, de las condiciones "objetivas" de existencia. A esta forma de argumentar Adorno la califica de apologética. Al fin y al cabo, dice, se trata de "un intento de justificar lo condicionado como si fuese incondicionado, lo derivado como primario" (Adorno, 1969: 146).

3. Esta relación causa-efecto remite a una imagen mecánica del mundo. Así por ejemplo, el discurso dominante en sociología (el estructural-funcionalismo), presupone la existencia de un mundo histórico y social definido por sus regularidades, un mundo regido por fuerzas que adquieren el carácter de leyes que es necesario reconocer o captar. De tal suerte que la emergencia de nuevas realidades y nuevos sujetos colectivos, se explica a partir del rompimiento de estas leyes y el advenimiento del desequilibrio de esas fuerzas.

Sobre todo los movimientos sociales y la emergencia de nuevos sujetos sociales, se interpretan como disfunciones, anomalías, ruido o irregularidades de la estructura, la organización y el equilibrio social, económico y/o político o, bien, como pérdida temporal de los dispositivos de conservación y de reproducción del orden social.

4. La forma, es decir, las técnicas, se ponen por encima de cualquier intento por desmembrar el contenido real de los acontecimientos. No importa cuán falsas o poco explicativas puedan ser las conclusiones a las que pudiera llegarse, siempre y cuando se cumpla con presentarlas en forma "rigurosa", es decir, cuantificable y siguiendo la argumentación del discurso dominante, o bien, que sean eficaces, es decir aplicables en función de un costo-beneficio que bien puede ser económico, político o ideológico. Su modelo se basa en la lógica de "la ganancia que resta en el balance una vez deducidos los costos generales de producción" del conocimiento; a esta ganancia la llama Adorno "interés subjetivo", que es "llevado y reducido a la forma de cálculo. Lo que cuenta para el descarnado positivismo del pensar orientado por la ganancia es todo menos la cosa misma: ésta se pierde en cuanto rinde para alguien" (Adorno, 1969: 152). Basta con que la interpretación sobre el advenimiento de nuevos agentes sociales devuelva la tranquilidad a las conciencias sorprendidas para que ésta se convierta en eficaz. Y si con ello además se obtiene algún beneficio de control o sometimiento político de los agentes que se intenta interpretar, tanto mejor.

5. Cuando la interpretación no sale, resulta fácil sustituirla por mediciones sociales. Hace tiempo que la estadística dejó de ser oficialmente (institucionalmente) un recurso técnico y se convirtió en criterio de verificación, veracidad y científicidad. Para la sociología cuantitativa, distorsión del sistema, crisis y descomposición son sinónimos y el grado de distorsión (anomalía, disfunción) representa una patología del sistema, de tal suerte que la emergencia de nuevos acontecimientos, producto de las nuevas prácticas de los nuevos sujetos sociales, si bien pueden llegar a explicarse por una especie de "comprobación probabilística post facto", no será más que la de elementos desarticuladores ajenos al sistema y a la tendencia general.

6. A la lógica mecánica del pensamiento le corresponde una visión de la realidad que contiene una lógica interna e inmutable que ordena desde su interior los diversos aspectos que la conforman. En esta concepción no tiene cabida más que el tiempo lineal. Aun y cuando la interpretación se haga cargo del movimiento (procesos, cambios, revoluciones, crisis), generalmente se le reduce a funcionamiento, es decir, la dinámica social se orienta en una y exclusiva dirección que no puede ser controlada sino parcialmente, esto es, sólo se puede lograr imponer cierta direccionalidad a los acontecimientos cuando la maduración del propio sistema así lo permite. El resto del tiempo, la sociedad, los grupos y los individuos que la forman parecieran actuar en función de una trayectoria dada de una vez y para siempre. Así, los "movimientos sociales" serán vistos como productos de la degradación, descomposición, crisis del sistema que se mira como un proceso inevitable y progresivo. De este modo, las causas del movimiento se convierten en rasgos y éstos remiten necesariamente a un problema de asimilación a la estructura, al sistema, al orden.

7. La realidad se presenta como homogénea y por tanto, aparece como descriptible con la ayuda de un solo lenguaje. Pero porque la realidad sociohistórica es concebida como homogénea, la complejidad de sus apariencias puede ser estrechada. Así, lo simple se convierte en clave de lo complejo, lo diverso se reduce a la ley, lo particular se convierte en general y lo individual en social, a través de la simple argumentación.

8. Explicitar la lógica de la construcción de la relación de conocimiento, presupone poner al descubierto los mecanismos a través de los cuales la formación disciplinaria impone un

cierto lenguaje. De este modo, el lenguaje de cualquier disciplina crea, a priori, la imagen de una garantía del descubrimiento de la verdad, del desvelamiento de la realidad. [15] Esto es, se da por hecho que el uso de un determinado lenguaje permite por sí mismo eliminar la sospecha de estar tejiendo sobre lo falso, ello a partir de clasificar los términos ideológicos, que son todos aquellos que no forman parte de "mi" aparato conceptual, de los que son "realmente científicos". Así, las respuestas a una problemática planteada son sustituidas con el uso de términos que sólo reconocen los especialistas y que las más de las veces, lo único que hacen es llamar, de un modo distinto, aquello que el sentido común ya denotó. El juego se vuelve más perverso cuando se entabla la polémica entre los especialistas para definir cuál es el término de mayor o menor valor "científico".

No predefinir la realidad sociohistórica presupone romper estos parámetros y asumir una actitud distinta frente a la realidad que se intenta interpretar. Romper con los parámetros permite un proceso de desbloqueo mental y de redefinición de la relación de conocimiento. La realidad deja de ser producto de la necesidad y se convierte en potencialidad y, hasta cierto punto, en azar: la historia gestada cede el paso a la historia en gestación permanente y a la relación pasado-presente, se incorporan las relaciones pasado-futuro y presente-futuro. Este proceso de desparametrización o descautivación, supone un momento todavía preteórico, es decir, precategorial, en el que la finalidad es plantear el problema de la racionalidad del sujeto cognoscente, así como explicitar su capacidad teórica. Así pues, al colocarse frente a la realidad se pone en juego la capacidad de decisión del sujeto que investiga. El sujeto se enfrenta a una realidad inédita, compleja, plurisémica y multívoca, pero lo hace siendo portador de un conjunto de parámetros que bien pueden llegar a bloquearlo, esto es, a impedir que pueda reconocer tales cualidades de la realidad; por ello, el colocarse frente a la realidad supone al menos un doble desafío para el sujeto cognoscente. Por un lado, se trata de reconocer los problemas que implica el razonamiento de la realidad sin intentar teorizarla de manera a priori es decir, se trata de explicitar y romper los parámetros, reconociendo la lógica de su construcción y el peso que conlleva la formación disciplinaria, teórica, valorativa e ideológica del sujeto investigador en la delimitación de la realidad. Por otra parte, se impone al sujeto investigador el desafío de aclarar desde dónde se usan los insumos teóricos, es decir, se trata de definir el ángulo de apropiación de la teoría, distinguiendo entre las proposiciones conceptuales con contenido teórico, propias de las disciplinas, de lo que es la forma de construcción de la relación de conocimiento, que es el modo particular de rescatar la realidad, esto es, de las categorías de razonamiento. Distinguir el plano conceptual que confiera contenidos unívocos del plano de las categorías, que permite la construcción de distintos contenidos, permite explicitar la lógica expuesta en las teorías. Existe también lo que podría llegar a ser un tercer desafío en el plano de lo que conforma la personalidad del investigador, pero esto compete al terreno de lo psicológico, y, por tanto, se refiere, aunque no exclusivamente, al ámbito individual. [16]

Todos estos desafíos a los que se enfrenta el investigador tienen un mismo punto de partida, el que colocarse frente a la realidad supone hoy una cierta capacidad de elegir entre diversas opciones. Al poner en juego esta capacidad de elección, la realidad se objetiva, es decir, se problematiza, pero sin reducirse a un acotamiento teórico, sin ceñir lo inédito a parámetros preestablecidos. La realidad se convierte en un proceso indeterminado y no en un simple objeto; del mismo modo, el cambio incorpora a la dinámica la direccionalidad de los procesos sociales, dando paso a la presencia de los posibles y a la acción voluntaria y consciente de los sujetos.

4. La realidad inédita

Hay acontecimientos sociales, económicos, políticos que de tiempo en tiempo provocan la irrupción violenta de lo inédito, es decir, que actúan en función de la conformación de

estructuras disipativas creadoras de un nuevo orden. [17] Reconocer lo inédito, la singularidad, lo aleatorio de estos acontecimientos, supone analizar la realidad como posibilidad, rescatando para ello sus múltiples dimensiones; cualquier respuesta que intente estrecharla a un solo proceso o cualquiera de sus procesos a una sola de sus aristas, resulta unilateral y en consecuencia, poco explicativa. El mayor desafío, en momentos marcados por vertiginosos cambios, estriba pues, en colocarse frente a la realidad a partir de conjeturas, de posibilidades, donde en ningún caso se puede llegar a transformar el contenido de dichas conjeturas en una teoría.

Desde este punto de vista, señalar los distintos ámbitos que implica el análisis de la realidad inédita significa problematizarla, reconocer qué planos de la realidad están involucrados con qué temporalidades y en qué diversidad de espacios. Sólo así la realidad se convierte en un conjunto de problemas y deja de ser un simple objeto exterior al sujeto.

Abordar lo inédito, desde la problematización de la realidad, permite marcar los senderos que llevarán a reconocer el nuevo comportamiento que el sistema puede adoptar al incorporarse las variaciones que supone la emergencia de nuevos sujetos y nuevas realidades. No se trata, sin embargo, de un camino preestablecido, sino de una postura frente a la realidad que permite decir lo que se está buscando. Así la finalidad de este tipo de análisis tendría que ser la de llegar a delinear los distintos escenarios que pudieran modificar la dirección o rumbo de la historia. El objetivo del discurso analítico se convierte, así, en mostrar aquello que es posible y señalar lo que aún no lo es. El primer resultado efectivo de esta renovación es la alteración de las categorías analíticas y del significado de los conceptos usados.

Así pues, colocarse frente a la realidad constituye el primer momento de cualquier proceso de investigación sobre las distintas realidades sociohistóricas, pero no en el sentido del primero de una lista determinada de ciertos pasos, sino como una actitud que permite explicitar la racionalidad en el transcurso de todo el proceso de investigación. Colocarse frente a la realidad supone una serie de problemas no metodológicos que tienen que ver con los vínculos que el sujeto establece con el mundo en sentido global, es decir, con lo externo, lo interno, lo cotidiano, lo trascendente, lo fónico, lo histórico, etc. Desde el momento en que se trata de romper, superar, los parámetros preestablecidos que actúan como límites de la razón, se está ya en un segundo momento de la investigación, que es el de la explicitación de la función que cumple la relación de conocimiento. El reto es lograr rescatar lo complejo y lo multidimensional de la realidad; el reconocerla como una cosa inédita que es amorfa y está llena de indeterminaciones. En este momento, el problematizar la realidad para lograr construir el objeto de investigación se convierte en lo prioritario.

Como ya se ha señalado, problematizar la realidad, desde los parámetros establecidos, define ya una función de la relación de conocimiento, en donde lo fundamental es la búsqueda de la reconstrucción del orden, a partir de un supuesto equilibrio entre lo metodológico y lo teórico, entre lo técnico y lo metodológico, y entre los datos estadísticos y los planteamientos teóricos, todo ello sin transgredir los límites de la disciplina.

Por el contrario, reconocer lo inédito de la realidad conduce a un momento preteórico de alejamiento del equilibrio que presupone la teorización apriorística, por cuanto ella implica un recorte de la realidad que más tarde puede presentarse como un obstáculo para rescatar lo complejo e inédito que ella encierra. Se trata de "pararse frente a la realidad" para abordarla desde fuera de los sistemas teóricos preestablecidos, desde las fluctuaciones que llevarían a los sujetos sociales a tener un comportamiento inédito y diferente.

Construir una relación que va a marcar muchas posibilidades de teorización, convierte la función de la relación de conocimiento en un proceso abstracto, pero no teórico. Al problematizar la realidad se reconocen en ella múltiples dimensiones y posibilidades, pero no se parte de conclusiones afirmativas sobre la misma. En la lógica del método, derivada del paradigma de las determinaciones, el tránsito entre el primero y el segundo momentos está marcado por la reducción de la realidad a un objeto a través de la formulación de hipótesis. Por el contrario, problematizar la realidad desde el reconocimiento de su complejidad y multidimensionalidad, permite reconocer la capacidad humana de producir otras realidades distintas, que tienden a ser cada vez más complejas e incluso radicalmente nuevas y no sólo atribuirle a los sujetos sociales la función de adaptación o identificación con lo dado. [18]

El conocimiento, al igual que la realidad, tiende a lo inédito, a las turbulencias y a las manifestaciones más imprevisibles, esto es, al enigma. [19] Por ello al problematizar la realidad se intenta interrogar lo inédito, lo que todavía no es, de hacer comprensible lo indeterminado, es decir, lo que "no se ha impuesto ni siquiera como palabra, para no decir como concepto" (Bloch, 1977: XIV). [20] Por ello el abordar la emergencia de nuevos sujetos sociales requiere de una nueva categorización para su inteligibilidad.

5. Una nueva manera de teorizar

Sólo después de reconocer la existencia de lo inédito en la realidad, a partir de colocarse frente a ella desde el plano de las categorías, aparece el problema de lo que va a significar el construir una teoría. Esto conduce a definir la naturaleza de la misma para encontrar aquello que ella va a incorporar al objeto, así como su razón de ser en el proceso de investigación, es decir, su función en la relación de conocimiento. Esto lleva a un problema previo, no propiamente metodológico: la distinción entre la existencia de una gran teoría y el reconocimiento de la existencia de diversas teorías.

Durante mucho tiempo se mantuvo la intención de formular una gran teoría que dotara de un sentido real a la historia, que permitiera esclarecer las transformaciones de la sociedad y las culturas. Toda gran teoría -y el dogmatismo puede llegar a transformar en gran teoría cualquier sistema conceptual- pretende ser, además de una herramienta que garantice la descripción total del mundo, la encarnación de la posibilidad de la armonía frente al caos [21] que evidencia la realidad aparente.

Esta visión sobre la teoría supone dos parámetros que obstaculizan el reconocimiento de la realidad, y que son:

a) que la teoría representa un lenguaje único y absoluto que excluye la significación subjetiva, reduciendo al máximo la voluntad y libertad del sujeto investigador en la formulación de los conceptos, a través de una serie de mecanismos de autocontrol metodológico y

b) que el lenguaje teórico es neutral, asumiendo que su uso garantiza el acceso a la verdad, independientemente de las circunstancias en las que se produjo y desarrolló.

Romper con estos parámetros significa acabar con la exigencia de una comprensión global de lo social y lo histórico, y con todo intento de unificación teórica. El anteponer dos momentos previos a la teorización en el proceso de investigación lleva a sustituir la armonía garantizada por las grandes teorías, por el reconocimiento de la multiplicidad de las explicaciones como posibles y ya no como dadas. Si lo que importa es reconocer las emergencias, transformaciones, cambios, crisis e inestabilidades, esto es, lo inédito de la

realidad, el problema se traduce en construir una alternativa teórica para cada realidad inédita que permita rescatar la diversas dimensiones de tiempo, así como los distintos espacios sociales e individuales de las distintas realidades específicas, para recuperar lo imprevisto y darle su lugar y cualidad.

Este tránsito plantea un trayecto que conduce al desmenuzamiento de las concepciones del mundo, a la multiplicación de las preguntas y a la identificación de los posibles.

Los parámetros teóricos podrán romperse a condición, por un lado, de renunciar a la tendencia a vincular el orden con la estabilidad de la estructura social y, por el otro, de incorporar lo aparentemente irracional y lo imaginario, es decir, lo subjetivo, a la comprensión de determinadas acciones desarrolladas. Pero también, si lo posible prevalece sobre la necesidad, se reconoce que no hay hechos sino interpretaciones, y se acepta que el saber científico consiste en pasar de una verdad a otras; que lo que la ciencia reconstruye es lo existente y no lo verdadero. [22] A fin de cuentas, los parámetros se rompen si se admite que aquello que va a incorporar la teoría al objeto es el examen de la manera en que las cosas y las ideas crean problemas.

Es en el plano epistemológico %n donde se seleccionan y construyen los instrumentos que se usarán para comprender y explicar la realidad, más allá de saber si son verdaderos. Allí se elabora el corpus a través del cual después se formularán las proposiciones teóricas en torno a determinados tópicos. Así pues, se trata de un conjunto de categorías que permiten razonar la dinámica social, es decir, abren el camino para aprehender lo inédito, transformándose en un mecanismo de apropiación de la realidad y no, cuando menos por lo pronto, en una forma de explicación de la misma. Estas categorías no son objetos ni teorías, aunque algunas de ellas puedan llegar a serlo, sino un modo de abrir la razón cognoscente hacia la realidad que no se ha encajonado en ciertos presupuestos teóricos. Ello quiere decir que permiten rescatar lo específico de un fenómeno, esto es, lo diferente y lo significativo, pero apuntando a la complejidad de las relaciones que determinan el propio fenómeno, es decir, que lo hacen ser lo que es. [23] De esta suerte, el fenómeno se delimita al ubicársele en un contexto y al establecer el conjunto de relaciones que pueda tener y guardar, relaciones que señalan el conjunto de articulaciones de tiempos diferentes y espacios diferentes en el fenómeno mismo.

Regularmente cuando se inicia un proceso de investigación, el punto de partida se localiza en la elección y consecuente enunciación del tema, el cual está referido al para qué y al modo de colocarse frente a la realidad. sin embargo, el tema no queda enunciado hasta que éste no se convierte en uno o varios problemas de investigación. El paso del tema al problema implica, primero, reconocer la complejidad de la realidad, lo cual conduce al reconocimiento de la especificidad. Dicho de otra manera, se trata de averiguar cuántas realidades contiene un tema y, cómo resulta imposible abordarlas todas; entonces, el segundo paso consiste en hacer un recorte artificial del tiempo y el espacio, definir un conjunto finito de relaciones y articulaciones contenidas en el fenómeno. Este recorte artificial tiene algo de arbitrario y personal, pero en la medida en que toma como punto de referencia al tiempo y al espacio que el propio fenómeno genera, en tanto que propiedades, lo arbitrario quedará subsumido a la propia dinámica social. Esto es, se trata de lograr recuperar, de alguna manera, el largo tiempo en el corto tiempo y de incorporar el espacio in extenso en el o los espacios delimitados. Sólo a partir de este proceso se logran descubrir realidades emergentes, es decir, aquéllas que todavía no son y que se están construyendo: además, se posibilita el averiguar cómo es que ellas se relacionan con aquello que está dejando de ser. Al vincular el corto y largo tiempo se pueden distinguir los hechos empíricos que se agotan en una cierta temporalidad y que ocurren dentro de una cierta espacialidad de los acontecimientos históricos que también

son hechos, pero que se caracterizan por su función desencadenante de procesos, es decir, por su trascendencia y contenido de realidades potenciales.

Para Zemelman, problematizar el tema es crear una serie de enunciados no atributivos de propiedades, es decir, evitar los predicados nominales que enuncian cualidades del fenómeno o definen sus propiedades, porque son precisamente estas cualidades y propiedades las que resultan ser el objeto de la investigación, de tal suerte que no se puede convertir en principio lo que en realidad es un resultado. Pero ello supone entonces construir conceptos empíricos unidimensionales con los que se pueda trabajar y lograr explicitar la multiplicidad y complejidad del fenómeno. La armonía garantizada por las grandes teorías es sustituida, de esta manera, por el reconocimiento de la multiplicidad de las explicaciones como posibles. Este tránsito lleva al desmenuzamiento de las concepciones del mundo, a la multiplicación de las preguntas más que de las respuestas y a la identificación de los posibles, más que a la formulación de explicaciones acabadas. Podemos concluir con todo esto que "se admite en consecuencia que el saber no puede ser asemejado a una suma de conocimientos que develaría progresivamente la verdad, sino a lo que puede ser visto (evidencias) y dicho (enunciados) y armonizado según las condiciones particulares de una época" (Balandier, 1990: 230). Porque al detectar los puntos nodales de una realidad, aquéllos que son detonadores de fracturas más allá de las cuales se descubre lo inesperado, lo inédito y las transformaciones y cambios, se hacen inteligibles y se aclara lo problemático; se llega a conocer lo que está por entrar en el mundo, es decir, todo aquello que todavía no es.

Así pues, existen, cuando menos, dos maneras de colocarse frente a la realidad teórica. Una que hace de la teoría un simple instrumento a partir del cual se transforma a la realidad en un objeto-cosa, producto de la continuidad y el progreso que se da en una sola dirección. La otra presupone una actitud generativa que parte de plantear problemas a la realidad, de tal suerte que la organización social se convierte en su devenir, en su problema o, más bien, en un conjunto de problemas. Esta actitud o posición frente a la teoría transforma la necesidad en posibilidad y permite identificar las realidades marcadas por el movimiento y lo inédito. La otra actitud traduce las intuiciones e incertidumbres en afirmaciones; la teoría se presenta como simple sistema de referencia, como un modelo explicativo al que hay que ajustar la realidad.

6. La categoría de sujeto social

La emergencia de nuevas realidades requiere de nuevas categorías para su inteligibilidad; una de estas categorías es la de sujeto social. En las páginas anteriores hemos usado los términos de actor y sujeto social de manera indistinta, pero ahora conviene aclarar cada uno de ellos. La categoría de sujeto social remite al terreno en donde se construyen las subjetividades [24] colectivas, las identidades y la "voluntad de mutación". [25]

Son "formas particulares de expresión social" que "se constituyen como mediaciones de poder y de lucha entre la estructuración de la sociedad a partir de la división social del trabajo y las formas clasistas de expresión política" (Zemelman y Valencia, 1990: 90). Pero esta subjetividad no es producto determinado por la acción que realizan los agentes sociales. La acción no puede ser pensada sin la voluntad de los actores, ni las transformaciones realizadas como simple resultado de la acción independiente de la voluntad de mutación. Por ello, movimiento, actor y fuerza son al mismo tiempo aspectos y momentos en la constitución del sujeto social, en tanto que "colectivo que potencia realidades posibles". Sader se refiere al sujeto social como "una colectividad donde se elabora una identidad y se organizan prácticas, mediante las cuales sus miembros pretenden defender sus intereses y expresar sus voluntades, al mismo tiempo que se constituyen en esas luchas" (Sader, 1990: 82).

El sujeto social es, pues, un actor, pero no en el sentido parsoniano que lo reduce a representante de un papel dentro de la estructura social. No se refiere al papel o rutina del actor en la performance (actuación) en tanto que actividad que busca influir de algún modo en los otros a través de una "fachada" que se presenta como vínculo transmisor de signos. [26] El concepto de actor que aquí recuperamos, tiene que ver más con la conexión de sentido waheriana que supone toda acción social; se trata de una conexión que recupera, aunque analíticamente separe, tres dimensiones de la subjetividad: lo racional, lo axiológico y lo afectivo.

Desde la perspectiva del sujeto social, el actor no es un status o un rol sino un proceso a través del cual se va conformando él mismo como movimiento, es decir, en tanto que acción con uno o varios sentidos que pueden ser internos o externos, que omiten o permiten; [27] pero que al mismo tiempo pueden ser también implícitos o explícitos, únicos o múltiples, referido a otro o a otros. En la acción los actores sociales pueden devenir en sujetos sociales, pero también pueden llegar a desarticularse o no llegar a constituirse. [28] La acción misma define a los actores como un proceso en continua formación. A través de su hacer, los actores representan una fuerza que se manifiesta en su presencia y permanencia en el conjunto social y cuyo grado puede ser variable. Ahora bien, aunque se acepte que el sujeto se expresa más en una cierta identidad colectiva, no por ello deja de ser, simultáneamente, una organización unificada, es decir, una estructura con normas de inclusión y exclusión.

TEXTO

No es posible definir al sujeto por la simple actividad de sus funciones sociales, políticas, culturales, etc., a la que se reduce su hacer como actor, ello carece de sentido para significar al sujeto como una totalidad que incluye necesidad, experiencia y utopía. Lo que puede llegar a decirse de los sujetos sociales, no se agota en la explicación de sus funciones. La categoría de sujeto social presupone incorporar al análisis el conjunto de tensiones que se provocan entre lo individual y lo social, lo subjetivo y lo objetivo, así como las distintas dimensiones del tiempo y del espacio, con la finalidad de trascender la visión dicotómica del mundo que supone su separación.

La categoría de sujeto social abarca los aspectos más variados de la vida social (materiales, simbólicos, individuales, familiares o colectivos, etc.). Esta diversidad obedece a factores de distinta naturaleza, que van desde las diferencias geográficas hasta las situaciones económicas y niveles educativos, pasando por condiciones como la edad, el sexo, la ocupación, etc. En conjunto, estos factores dispensan la formación y reproducción de redes de relación sociales más o menos delimitadas, que desarrollan elementos culturales distintivos a partir de los cuales los sujetos refuerzan los vínculos sociales internos y construyen una identidad colectiva que les es propia y que tiende a ser contrastante y excluyente respecto a otras identidades. [29] Sin embargo, el análisis de los cambios en el comportamiento, en las motivaciones que guían las acciones desarrolladas, esto es, la emergencia de nuevos sujetos sociales, no puede condicionarse a los procesos sociales concretos, a las condiciones estructurales, objetivas y materiales, porque ello plantea una especie de reduccionismo materialista que evita ver lo inédito que puede estar implicado en una nueva realidad.

Pero esto sólo es posible a condición de tender una red de mediaciones que permitan reconocer el conjunto de tensiones que se provocan entre las condiciones estructurales y el hacer cotidiano de los particulares que constituyen los distintos sujetos sociales. Es decir, se trata de incluir en el análisis de lo inédito, la conformación del mundo de las

objetivaciones o proceso de objetivación humana (Heller, 1972). En este espacio de la experiencia vivida es en donde se configuran las nuevas identidades colectivas.

Ahora bien, la creación de nuevas realidades tiene que ver con la delimitación de nuevas líneas divisorias temporales y espaciales. [30] La sola redefinición del espacio y del tiempo provoca un proceso de intersección de los actores sociales, es decir, una especie de tránsito de un sector social a otro, de una nacionalidad a otra, de una clase social a otra, etc. Este proceso constituye a la vez la causa y el efecto de la complicación ininterrumpida de la realidad, pero sobre todo, sugiere la recombinación transversal de las clases sociales, al interior de lo que podríamos denominar sujetos "híbridos".

Con el término intersección queremos señalar el punto de confluencia de dos o más intereses, de dos o más sectores o clases sociales diferentes. Se trata de un proceso de intercambiabilidad de posiciones y espacios entre dos o más clases. Esta intercambiabilidad será más fácil cuando las clases sean adyacentes, pero no niega que se pueda generar un intercambio entre clases opuestas, puesto que, de lo contrario, no tendría significación alguna la dominación. La categoría de sujeto social implica, pues, hacer un corte transversal al concepto de clase social, sin que ello suponga su eliminación total. Esto significa que un cierto sujeto colectivo puede estar formado por una clase social, pero también por factores que provienen de distintas clases sociales, lo mismo que una subclase o fracción de clase puede llegar a constituirse en sujeto social.

La hibridación se refiere a aquella diversidad y complejidad que se produce con la intercambiabilidad. Destaca el producto de la recombinación de las redes de relaciones sociales que rompe lo establecido y delimita de otro modo los factores que propician la formación y reproducción de nuevas redes de relaciones sociales. Así, con la hibridación se diversifican modos de hablar, formas de conducta, valores y símbolos, habilidades, creencias, disciplinas y adiestramientos, delineando nuevos perfiles. La hibridación contempla lo que queda en el campo de lo todavía no delimitado por las nuevas líneas divisorias.

Sin que hable directamente de hibridación y recombinación, Sader ya sugiere la misma idea cuando afirma que la emergencia de nuevos sujetos sociales conlleva a la explicitación de la "emergencia de una nueva configuración de clase" (Sader, 1990: 65). Y más aún, cuando al cuestionar la existencia de un sujeto histórico privilegiado, afirma que "se trata de una pluralidad de sujetos, cuyas identidades son resultado de sus interacciones en procesos de reconocimiento recíproco, y cuyas composiciones son mutables e intercambiables" (Sader, 1990: 83). Pero sobre todo, cuando se refiere a la emergencia como un proceso que reafirma la presencia pública de aquellos sectores sociales hasta entonces excluidos de la escena pública.

Cuando los nuevos sujetos sociales emergen, lo hacen desde la periferia de la propia estructura social, pasando a formar parte, primero, del fondo del tejido social. No se trata pues, de apariciones repentinas, sino de la emergencia de lo excluido, de vestigios de divisiones y exclusiones pasadas. Pero es precisamente este carácter de exclusión lo que ha permitido una mayor circulación de la información entre los distintos actores sociales; lo que ha permitido un modo distinto de intercambiar experiencias, necesidades y proyectos utópicos.

Los sujetos sociales se crean en nuevos espacios, pero simultáneamente resultan ser los creadores de esos nuevos espacios. Es en estos espacios en donde establecen un intercambio distinto de experiencias, construyendo su particular tiempo histórico, una memoria colectiva [31] que dará raíz a su ser colectivo. Es allí donde se crean los nuevos valores y formas de expresión racional, afectiva y/o valorativa. Esto es, construyen una

particular representación simbólica del mundo, que definen un modo distinto, o cuando menos explicitan de otra manera el ya dado, y el modo de usar las cosas. Crean nuevos hábitos o revaloran los antiguos y, sobre todo, construyen un nuevo lenguaje. Sin embargo, los distintos sujetos sociales no se desarrollan ni al mismo tiempo, ni al mismo ritmo, ni llegan todos a alcanzar un grado similar de presencia y penetración social.

En la actualidad estos sujetos son muy diferentes de lo que eran hasta hace muy poco. Durante las últimas décadas han experimentado tales cambios que casi no podemos reconocer a los antiguos actores sociales. Estos dejaron de ser factores de alternativas a partir de un cierto estancamiento en la experiencias grupales, en la percepción de lo propio y lo ajeno, en la conciencia de la realidad posible, en la elaboración de un horizonte histórico compartido, en el reconocimiento de las opciones y, en fin, en la voluntad de poder. [32] Pero también, porque en el terreno de lo subjetivo se provocó una especie de saturación. Ello significa que si bien se mantienen aún insatisfechas las demandas históricas, esto es, presente la necesidad social, los antiguos sujetos ya no aparecen como los medios únicos de su realización. Lo que esto expresa es que la sociedad ha llegado a tal punto de complejidad que ya no puede seguir siendo una sola clase la protagonista y portadora única de la responsabilidad histórica de imponer un único rumbo y direccionalidad a la dinámica histórica.

Los nuevos sujetos son producto de nuevas realidades, las cuales han cerrado ciertos horizontes históricos, pero también han logrado abrir otros. En cuanto han ido apareciendo estas nuevas realidades, han ido surgiendo nuevos sujetos sociales, más bien híbridos. El desarrollo de este proceso de hibridación tiene que ver con las formas de participación en la creación de nuevas realidades. Más allá de los esquemas comunes, existe una gran diversidad de rutas que conducen a tales hibridaciones. Algunos sujetos sociales, como los intelectuales, pueden ejercer una influencia más bien ideológica, mientras que el impacto de otros, como los campesinos y los obreros, lo que llegan a incorporar al proceso de hibridación es el resultado de sus luchas, su tradición, su radicalidad y sus propias demandas.

Semejante diversidad se verifica al interior de cada nuevo sujeto social. Pero esta diversidad encuentra su contraparte en la tendencia a unificar y uniformar culturalmente a los sujetos particulares. La hibridación se genera, pues, en las tensiones provocadas entre diversidad y uniformidad; el resultado ha sido la proliferación de sujetos sociales que construyen su nueva identidad a partir de proponerse un objetivo único y mediato, si no es que inmediato. Este proceso conlleva una paradoja: la hibridación provoca diversidad que, sin embargo, se manifiesta como fragmentación de los sujetos sociales, al construir su proyecto en torno de la consecución de un objetivo único, [33] que actúa como un centro estructurante que, a decir de Sader, conspira contra la idea de un "sujeto histórico" capaz de ordenar la diversidad y atribuir racionalidad a los movimientos sociales (Sader, 1990: 81).

Pero la fragmentación de los sujetos provoca nuevos problemas; ella puede fácilmente conducir a la intolerancia. Atraídos por sus propias demandas, los nuevos sujetos sociales consideran obsoletas las demandas más antiguas o simplemente las rechazan por ser distintas. Esto, aun y cuando puedan seguir siendo la fuente de sus innovadoras formas de organización. Por ejemplo, los partidarios del feminismo se han transformado en paladines de un nuevo orden y han vuelto la defensa de los derechos de las mujeres un acto místico. Del mismo modo las susceptibilidades características de los pequeños núcleos van por delante. Los defensores del medio ambiente no respetan la lucha de las feministas porque no incorporan en sus demandas los problemas planteados por estas fuerzas. Los problemas y demandas planteados por ambos parecen de distinto orden, aun y cuando atañan a los mismos particulares. Muestran desprecio por los demás por no

compartir la idea de la importancia de su propio objetivo. La intolerancia, producto de la fragmentación, plantea un verdadero dilema. Una gran cohesión al interior de un cierto grupo aleja a los otros grupos que buscan otro tipo de reivindicaciones y, por tanto, reduce la posibilidad de la colaboración necesaria para la construcción de un proyecto alternativo.

La reorganización social no es forzosamente necesaria para que tales sujetos cobren cada vez mayor fuerza. El desplazamiento de lo marginal a los distintos polinúcleos es un traslado no siempre fácil, porque las antiguas fuerzas están dispuestas a defender sus fronteras cueste lo que cueste. Sin embargo, los nuevos sujetos sociales se presentan como una especie de nuevos bárbaros a los que no pareciera poder detenerlos ninguna "gran muralla". Los nuevos sujetos sociales se desplazan de una esfera a otra, de un dominio a otro sin ningún pasaporte; ello, justamente por su objetivo único, que es lo que facilita su hibridación. Pero precisamente por ello existe el riesgo de llegar a limitar el horizonte histórico a una actitud cada vez más pragmática y a una cada vez mayor especialización, que aún pudiendo resultarles de gran utilidad, tarde que temprano se volverá en su contra, para no permitirles ver más allá de su objetivo y al lograr éste, cuando menos en apariencia, su propia presencia ya no tendrá cabida.

En la actualidad, la emergencia de nuevos actores conlleva dos fases de un mismo proceso. En primer lugar, la creciente especialización de los actores en un objetivo único provoca una fragmentación de las clases sociales: en segundo lugar, cuando esta fragmentación llega a lo que podríamos llamar sus límites estructurales, los actores sociales recombinan, nuevamente, los fragmentos en la conformación de nuevos sujetos sociales híbridos.

Otra característica de los nuevos sujetos sociales es la manera en la que llevan al plano de lo cotidiano la posibilidad de superar los límites impuestos por la propia realidad para lograr satisfacer las demandas más inmediatas. Tienen una visión distinta y diferenciada; tratan el cambio como una oportunidad, por ello son capaces de poner en marcha innovaciones con gran agresividad. Esto les ha permitido un desplazamiento de lo infinito a lo finito, de lo histórico a lo cotidiano, del objetivo histórico al objetivo único, que sirve de base para la construcción de alternativas.

CITAS:

[*] Profesores-investigadores del Departamento de Sociología, UAM-Iztapalapa.

[1] La doctrina de la verdad manifiesta se refiere, de acuerdo con Popper, a "la concepción optimista de que la verdad, cuando se la coloca desnuda ante nosotros, es siempre reconocible como verdad. Si no se revela por sí misma, sólo es necesario develar esa verdad, o descubrirla" (Popper, 1983: 27).

[2] Los vertiginosos y continuos cambios que la realidad sociohistórica ha manifestado en los últimos años, han demandado a las ciencias sociales nuevas e incluso más exigentes respuestas. No todas las disciplinas académicas tradicionales han sido capaces de tomar este desafío, tornándose cada vez más en estériles, si no es que en obsoletas. Así por ejemplo, para Dogan y Pahre (1993), la posibilidad de la innovación científica está en la marginalidad, fuera de las disciplinas tradicionales que han sufrido un proceso de saturación que denominan "paradoja de la densidad". La fragmentación y rearticulación de las diversas disciplinas de las ciencias sociales han creado un campo de disciplinas híbridas en donde la innovación teórica aún sigue siendo posible.

[3] R. Carnap, uno de los representantes más significativos del Círculo de Viena, afirma que la superación de la pseudociencia (particularmente la metafísica) podrá lograrse

mediante el análisis lógico del lenguaje. Carnap intentó construir un lenguaje científico universal hecho de signos y símbolos neutrales, unívocos y sin lastres históricos.

[4] Para el criticismo racional o racionalismo crítico, por cuanto todo conocimiento científico es conjetural e hipotético, y no es posible verificar todos los casos a los que se refiere hipótesis, lo único que puede hacerse es buscar, encontrar y aceptar enunciados básicos que la contradigan y que creen un efecto reproducible que la refute, en cuyo caso quedara falsada. Véase al respecto Popper (1991).

[5] El constructivismo de Watzlawick, lleva al extremo la visión popperiana sobre la conjetura al recuperar la visión presocrática que afirma que "toda realidad es, en el sentido más directo, la construcción de quienes creen que descubren e investigan la realidad. En otras palabras, la realidad supuestamente hallada es una realidad inventada y su inventor no tiene conciencia del acto de su invención, sino que cree que esa realidad es algo independiente de él y que puede ser descubierta; por lo tanto, a partir de esa invención, percibe el mundo y actúa en él".

[6] "Reconstrucción significa (...) que se procede a desmontar una teoría y luego a recomponerla en forma nueva con el único objeto de alcanzar mejor la meta que ella misma se ha impuesto: tal es el modo normal de habérselas con una teoría que en algunos puntos necesita una revisión, pero cuya capacidad estimulante dista mucho de estar agotada" (Habermas, 1981: 9).

[7] Para una aproximación sintética de los principales postulados de la Teoría Crítica o Escuela de Frankfurt, véase Rusconi (1969).

[8] En la esfera de las objetivaciones, el investigador se apropia, en tanto que sujeto particular, del lenguaje, del sistema de costumbres y convencionalismos y de un uso particular de los objetos científicos dentro de su grupo epistémico para dar sentido a su socialidad. Sobre la teoría de las objetivaciones, véase Heller (1977).

[9] Véase Zemelman (1987: 57). Ciertamente, no se trata de revivir el propósito positivista bergsoniano de construir la ciencia y la filosofía sin ningún supuesto ni principio a priori, sino sólo a partir de lo dado. Lo que Zemelman intenta es explicitar los momentos preteóricos que no siempre resultan explícitos para el investigador. Es obvio, como afirma Nicol al criticar a Bergson, que "no se puede partir hacia ningún lugar sino desde un lugar. El lugar inicial y el propósito de partir son los supuestos de la partida. El inicio de un análisis presupone, en el que lo efectúa, la posesión de ciertas ideas previas sobre lo que va a analizarla y sobre la posibilidad y el modo adecuado o método para efectuar el análisis. La conciencia totalmente limpia, completamente ingenua, la 'conciencia inalterada', no parte hacia ningún análisis" (Nicol, 1989: 47), lo que significa que quien realiza dicha partida, lo hace armado de un conjunto de ideas previas que pueden llegar a bloquear la capacidad de innovación.

[10] Aunque Adorno se refiere a la existencia de bloqueos en la construcción de la relación de conocimiento, los restringe a un "bloqueo cristalizado entre sujeto y objeto" que aparece como producto de la separación que el sujeto hace de todo lo material al seguir el modelo de las ciencias de la naturaleza. Este bloqueo lo "erige el sujeto en cuanto pretende la supremacía sobre el objeto y en cuanto se engaña en esto." El resultado final es la cosificación del propio sujeto. Adorno afirma que éste es un bloqueo histórico y de ningún modo ontológico (Adorno, 1969: 154). Por lo que aquí interesa, este bloqueo cristalizado o separación entre sujeto y objeto fundamenta otros bloqueos.

[11] Para la Teoría Crítica, la razón que prevalece en el discurso dominante es una razón meramente instrumental impuesta a los individuos por la violencia y la represión que, de acuerdo con Marcuse, puede ser fundamental o adicional. Véase Marcuse (1986).

[12] Hay que distinguir entre volver a la realidad, de manera apriorística, un objeto, esto es, una cosa en el sentido que le otorga Adorno, y el objeto de estudio, esto es, lo conocido, independientemente de su naturaleza. El objeto de estudio no es principio de la investigación, sino el resultado de la misma, por cuanto refiere la reflexión que consiste en volcar el aspecto multívoco del objeto en el no menos multívoco del sujeto, que es lo cognoscente.

[13] Adorno (1969) apunta, con la categoría de cautiverio, un problema epistemológico. En la investigación se involucra y proyecta el investigador, tanto en el contacto que tiene con la realidad, esto es, en el modo de colocarse frente a ella, como teórica, ideológica, afectiva, emocional e intelectualmente.

Por otra ruta, la de la teoría del género, Marcela Lagarde acuñó el término cautiverios para redefinirse a la privación de la autonomía vital, de independencia para vivir, de gobierno sobre sí mismas, de la posibilidad de escoger y de la capacidad de decidir, de las mujeres. Es el mismo sentido el que aquí aplicamos a los cautiverios de los investigadores. Los parámetros son esos cautiverios que evitan al investigador social innovar su pesamiento, manteniéndolo preso en los límites establecidos por el discurso dominante. Véase al respecto Lagarde (1993), en particular el capítulo V, titulado "Los cautiverios".

[14] La paz se reivindica como identificación con el orden establecido en el que el disenso no tiene cabida. Aquí sólo cabe recordar una hermosa frase de Adorno: "Paz es un estado de diferenciación sin sojuzgamiento, en el que lo diferente es compartido" (Adorno, 1969: 145). Pueden consultarse también los textos de Bobbio (1982), en especial los capítulos V y VI que abordan el tema del pacifismo y la no violencia. En cuanto a la relación tecnología y modalidades del estar social, véase Marshall McLuhan (1985).

[15] Un claro ejemplo de esta posición es Sartori, ya que él plantea que "la ciencia, toda ciencia, hace otro tanto: su vocabulario se inviste de cierta modalidad característica del significado. Lo que equivale a decir que la filosofía y la ciencia son lenguajes especiales; y por 'especiales' se debe entender que son como decíamos modalidades de usos diferentes de un mismo lenguaje" (Sartori, 1992: 17).

[16] "La disposición mental que llamaríamos 'científica', por la cual el otro quedaría reducido a mero 'sujeto' de observación', no consigue eliminar mi relación con él. Lo vital no puedo considerarlo desde fuera; tendrá que suspender entretanto mi propia existencia, (para) situarme más allá del ámbito de la vida (y) poder objetivarla. En verdad, ninguna ciencia puede alcanzar esta absoluta objetividad: el científico forma siempre parte de la realidad misma que él estudia, es siempre un ocupante del mundo, y no puede salirse de él para estudiarlo. Seguramente por esto ninguna ciencia es cabal y definitiva: pero no por esto deja de ser válida. Algunas veces, sin embargo, esa implicación del observador en lo observado crea situaciones embarazosas" (Nicol, 1989: 34-35).

[17] Se trata de transiciones o desapariciones de lo uno en lo otro; son períodos donde los hechos hacen retroceder las fronteras de lo imposible, en los cuales se realizan rupturas y avances. Véase al respecto Linz (1990).

[18] El trabajo de Sader (1990) se ubica precisamente en esta lógica, por cuanto niega que se pueda llegar a aprehender la naturaleza de los nuevos sujetos a través de un

análisis centrado en las llamadas determinaciones estructurales. Sin embargo, esto bien vale para cualquier intento de explicación basado en cualquier tipo de determinación.

[19] Para Georges Balandier (1990) el caos es el enigma, lo inesperado. Para la caología lo importante es poder llegar a una descripción diferente del mundo en la que la consideración del movimiento y sus fluctuaciones predomine sobre las estructuras, las organizaciones, las permanencias. La clave para el conocimiento es otra dinámica, no lineal, que permita el acceso a la lógica de los fenómenos aparentemente menos ordenados. Balandier apunta, por así decirlo, hacia lo inédito, pero de un modo distinto. Para él, movimiento más incertidumbre son los términos que hay que incorporar en el análisis. La incertidumbre manifiesta la irrupción de lo inédito, pero también conlleva un extrañamiento del hombre, resultado de la incomprensión de lo que se está generando. El mantener en la incertidumbre la irrupción de lo inédito puede llevar a un escepticismo o a un nihilismo que recuerda el pesimismo epistemológico que critica Popper. Lo que aporta la caología es la idea de que se ha creado una especie de conmoción del saber que parte de reconocer que en la realidad nada es simple, que el orden se oculta tras el desorden, que lo aleatorio está siempre presente en cualquier acción, aunque no compartamos su conclusión respecto a que lo que debe ser comprendido es lo imprevisible y no lo indeterminado.

[20] Bloch se refiere a lo todavía-no-llegado-a-ser como lo nuevo posible, como lo todavía-no-consciente que es el lugar psíquico de nacimiento de lo nuevo. Se trata de una disposición hacia lo nuevo que presupone siempre la posibilidad más allá de la realidad dada (Bloch, 1977).

[21] Para Balandier (1990), existe en la actualidad una conciencia del desorden que "es la confusión y la inestabilidad, el movimiento que aligera la pesadez del orden preexistente, la abundancia de lo nuevo, lo que da todas sus oportunidades a una libertad nueva y fecunda: el desorden se vuelve creador"; se trata "de realizar una recombinación del orden y el desorden" de "una buena utilización del `caos'" que "impone la transformación de lo improbable en probable, el establecimiento de estructuras relativamente estables sobre una base inestable", con el fin de llegar a construir el paradigma orden-desorden que se sintetiza en que "la creación se nutre del desorden, lo aleatorio (las perturbaciones) forman parte de su organización, el desorden se inscribe en lo que define el orden. La libertad parcial, la irrupción de lo nuevo y su estabilización, el determinismo limitado encuentran así su lugar" (Balandier, 1990: 76-77).

[22] Sobre este punto véase la perspectiva del constructivismo en el trabajo de Ernest von Glasersfeld "Introducción al constructivismo radical", en donde plantea que "el mundo que experimentamos y llegamos a conocer es necesariamente construido por nosotros mismos, luego no resulta sorprendente que ese mundo nos parezca relativamente estable. Para comprender esto claramente hay que tener en cuenta el rasgo básico de la epistemología constructivista, a saber, que el mundo que es construido es un mundo de experiencia que está constituido por las experiencias y que no tiene ninguna pretensión a la verdad en el sentido de corresponder con una realidad ontológica".

[23] Para ampliar al respecto, véanse los textos de Zemelman (1983 y 1987).

[24] "Por subjetividad entiendo la particular concepción del mundo y de la vida del sujeto. Está constituida por el conjunto de normas, valores, creencias, lenguajes y formas de aprehender el mundo, conscientes e inconscientes, físicas, intelectuales, afectivas y eróticas.

"La subjetividad se estructura a partir del lugar que ocupa el sujeto en la sociedad, y se organiza en torno a formas específicas de percibir, de sentir, de racionalizar, de abstraer y de accionar sobre la realidad. La subjetividad se expresa en comportamientos, en actitudes y en acciones del sujeto, en cumplimiento de su ser social, en el marco histórico de la cultura. En suma, la subjetividad es la elaboración única que hace el sujeto de su experiencia vital" (Lagarde, 1993: 302).

[25] La voluntad de mutación se refiere a lo verdaderamente esperanzado en el sujeto, a la disposición al riesgo y al triunfo de lo querido utópicamente. Se trata de lo querido radicalmente por el hombre; de eso que "no se ha logrado en ningún sitio, pero tampoco ha fracasado en ningún sitio" (Bloch, 1977: XVI y XVII).

[26] La fachada es un concepto del interaccionismo que incluye "insignias del cargo o rango, el vestido, el sexo, la edad y las características raciales, el tamaño y aspecto, el porte, las pautas de lenguaje, las expresiones faciales, los gestos corporales y otras características semejantes" (Goffman, 1981: 33 y ss). Para el interaccionismo psicologista, las fachadas pueden ser seleccionadas, pero no creadas por los sujetos.

[27] Véase, sobre todo, la obra de Weber (1974).

[28] Véase Zemelman y Valencia (1990: 90).

[29] De una manera similar se expresa Bonfil Batalla (1991) cuando se refiere a la diversidad de culturas y de entes culturales. Su visión respecto de los factores que permiten la diversidad de culturas y subculturas resulta de gran valía para la construcción de una categoría de sujeto social más completa.

[30] Es Peter Drucker (1989) quien se refiere a las nuevas realidades como divisorias, como hechos de frontera que, sin ser espectaculares, están siendo capaces de cambiar el panorama social y político mundial. Se trata de una reorganización de los espacios actuales, de un período que ya comenzó y en el que se van eliminando progresivamente las viejas y las nuevas realidades hacia la configuración de un anticipado siglo XXI.

[31] La memoria permite incorporar el pasado en la acción que tiende al futuro. Se trata de una especie de psique colectiva que se constituye a través de los mitos y se reproduce y vuelve presente por los ritos. Los mitos pueden contener un tipo de memoria estática que no admite el olvido, por cuanto remiten al origen. Su estar se define por su transmisión cotidiana no formal.

[32] En Zemelman y Valencia (1990: 103), encontramos un esquema de trabajo que define los distintos niveles observables en la constitución del sujeto social. Estos niveles incluyen las prácticas, en tanto que modos de resolver las necesidades, las actitudes, esto es, vivencias, percepciones, elaboraciones, las modalidades de nucleamiento del colectivo, el espacio de las prácticas del colectivo, las experiencias grupales, los tipos de práctica social, la percepción de lo propio y lo ajeno, la percepción de la fuerza, la conciencia de la realidad posible, la elaboración de un horizonte histórico compartido, el reconocimiento de opciones, el contenido del proyecto, la voluntad de poder y las prácticas constructoras de realidad. A cada uno de estos niveles de observación, le corresponde un nivel lógico y un ámbito de análisis particular.

[33] La característica principal de los nuevos sujetos es que al desarrollarse se han fragmentado, dejando vacíos sociales, creando una especie de hoyos negros que, para algunos, resultan ser manifestación de entropía social. Para llenar tales vacíos, los sujetos sociales más innovadores intentan, con base en los patrimonios de los antiguos sectores

sociales, tender puentes en dirección a la construcción de un futuro más mediato a través de construir sus proyectos en torno a la consecución de un objetivo único.

La entropía social se refiere al ocaso y degeneración social, proceso que se mira como inevitable. Esta doctrina deriva del campo de la física y, en particular, de la segunda ley de la termodinámica, según la cual, la energía del universo, que se concibe como fija y limitada, se disipa, sin que pueda remplazarse, en dar calor de modo inútil al espacio vacío. La propagación irreversible del calor supone una degradación cualitativa de energía y una pérdida de rendimiento del sistema. La entropía social pone el acento en la diferencia. Desde este punto de vista, la transformación de un sujeto en otro manifiesta una tendencia hacia la destrucción de esa diferencia, aunque, al mismo tiempo, constituya el fundamento de otra diferencia. Desde la perspectiva de la entropía, el tránsito de una forma de diferencia a otra tiene como fundamento la descomposición y la crisis, esto es, la propia degradación o entropía del sistema. La pérdida de potencial energético social, esto es, el incremento de la anomia, de la disfuncionalidad, no representa la desaparición de las diferencias sociales, pero sí una creciente homogeneización y tendencia a la unificación de niveles, lo que conduce a un "avance" hacia un orden cada vez más homogéneo, y por ello más simple o mínimo. Claros ejemplos de esta visión los encontramos en la concepción de pluralismo social de Peter Drucker, que fragmenta la participación social hasta llegar a definir el rumbo de la historia a partir de la mera acción individual a través de lo que denomina las "instituciones no políticas" que actúan en contra del pensamiento de la modernidad, basado en la "salvación por la sociedad". Al respecto, véase Drucker (1989). Por otra parte hay también la inevitable tendencia a la fabricación creciente de objetos nómadas que harán del narcisismo la guía del sujeto nómada del mañana (Attali, 1992).

BIBLIOGRAFIA:

Adorno, Theodor, (1969), *Consignas*. Amorrortu, Buenos Aires,

Attali, Jacques. (1992), *Milenio*. Seix Barral, México.

Balandier, G. (1990), *El Desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*. Gedisa, Barcelona.

Bobbio, N. (1982), *El problema de la guerra y las vías de la paz*. Ed. Gedisa, Barcelona.

Bloch, E. (1977), *El principio esperanza*. Tomo I. Aguilar Madrid.

Bonfil Batalla, G. (1991), *Pensar nuestra cultura*. Alianza Editorial, México.

Dogan, Matei y Pahre, Robert (1993), *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*. Ed. Grijalbo, México.

Drucker, P. (1989), "Introducción al constructivismo radical" en Watzlawick y otros. *La realidad inventada*, Barcelona, Gedisa.

Goffman, E. (1981), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Habermas J. (1981), *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid, Taurus.

Heller, A. (1972), *Historia y vida cotidiana*. Ed. Grijalbo, México.

- Heller, A. (1977), Sociología de la vida cotidiana. Ed. Península, Barcelona.
- Lagarde, M. (1993), Los cautiverios de las mujeres. UNAM, México.
- Linz, Juan. (1990), La quiebra de las democracias. Conaculta, Col. Los Noventas núm. 37, México.
- McLuhan, M. (1985), Guerra y paz en la aldea global. Ed. Planeta de Agostini, Barcelona.
- Marcuse, H. (1986), Eros y Civilización. Ed. Origen Planeta, libro 32 de la Colección Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo, México.
- Nicol, E. (1989), Psicología de las situaciones vitales. Fondo de Cultura Económica, México.
- Popper, K. (1983), Conjeturas y Refutaciones. Paidós, Buenos Aires.
- Popper, K. (1991), La lógica de la investigación científica. Rei, México.
- Rusconi, G. E. (1969), Teoría crítica de la sociedad. Ed. Martínez Roca, Barcelona.
- Sader, E. (1990), "La emergencia de nuevos sujetos sociales", en Nuevos sujetos sociales. Acta sociológica, mayo-agosto.
- Sartori, G. (1992), La política. Lógica y método en las ciencias sociales. Fondo de Cultura Económica, México.
- Weber, Max. (1974), Economía y Sociedad. Fondo de Cultura Económica, México.
- Zemelman, H. (1983), Historia y política en el conocimiento. FCPyS, UNAM, México.
- Zemelman, H. (1987), "La totalidad como perspectiva de descubrimiento", en Revista Mexicana de Sociología. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, enero-marzo.
- Zemelman, H. y Valencia, G. (1990), "Los sujetos sociales, una propuesta de análisis", en Nuevos sujetos sociales. Acta Sociológica, mayo-agosto.